



La bella durmiente

Pequeña Rosa Silvestre

29

En tiempos remotos vivían un rey y una reina que todos los días suspiraban: –¡Ah, si tuviéramos un hijo–. Pero no se les cumplía el deseo.

Cierto día en que la reina se bañaba, una rana saltó del agua a la orilla y le dijo: –Antes de que pase un año, tus deseos se cumplirán. Traerás una niña al mundo.

Y tal como la rana lo pronosticó, así sucedió: la reina tuvo una niña tan hermosa que el rey no cabía de felicidad; así que organizó una gran fiesta, a la que invitó no solamente a sus familiares, amigos y conocidos, sino también a las hadas, para que fueran amables y generosas con su niña. Las hadas del reino eran 13, pero ya que el rey no tenía sino 12 platos de oro, una de ellas no fue invitada.

Sin embargo, la fiesta se celebró con todo su esplendor; cuando estaba por terminar, cada una de las hadas se acercó para concederle un don a la niña: una, le concedió la virtud; otra, la belleza; la siguiente, la riqueza; y así sucesivamente, dándole todo lo que es apetecible en el mundo. Cuando ya once hadas habían concedido su don, de pronto se presentó el hada decimotercera, es decir, la que no había sido invitada, ardiendo en deseos de vengarse; y sin saludar a nadie, exclamó:

—En cuanto cumpla quince años, la princesa se pinchará con una aguja y caerá muerta—. Y sin decir palabra, dio media vuelta y salió de la estancia.

Toda la concurrencia enmudeció del pavor. Faltaba aún el don del hada decimosegunda, quien, aunque no estaba facultada para deshacer el maligno hechizo del hada, sí podía atenuarlo. El hada se adelantó y dijo:

—La princesa no morirá; caerá en un sueño profundo que durará cien años.

El rey, ansioso por liberar a su niña de esta desgracia anunciada, mandó destruir todos los husos que había en el reino.

Así pues, la doncella creció adornada de todas las virtudes que le habían concedido; era tan hermosa, modesta, dulce, lista y amable, que todo el que la veía no podía sino amarla.

Sucedió que un día, cuando ya estaba próxima a cumplir los quince años, mientras el rey y la reina se encontraban de paseo fuera del palacio, la niña se quedó sola. Así que aprovechó la ocasión para recorrer el palacio, metiéndose en todas las habitaciones y las estancias que se le antojaban, hasta que, al cabo, llegó a una vieja torre. Ascendió por la escalera que conducía a una pequeña puerta, en cuya cerradura había una llave enmohecida. Le dio la vuelta y la puerta se abrió; en la habitación se hallaba una anciana, que con un huso, hilaba laboriosamente su lino.

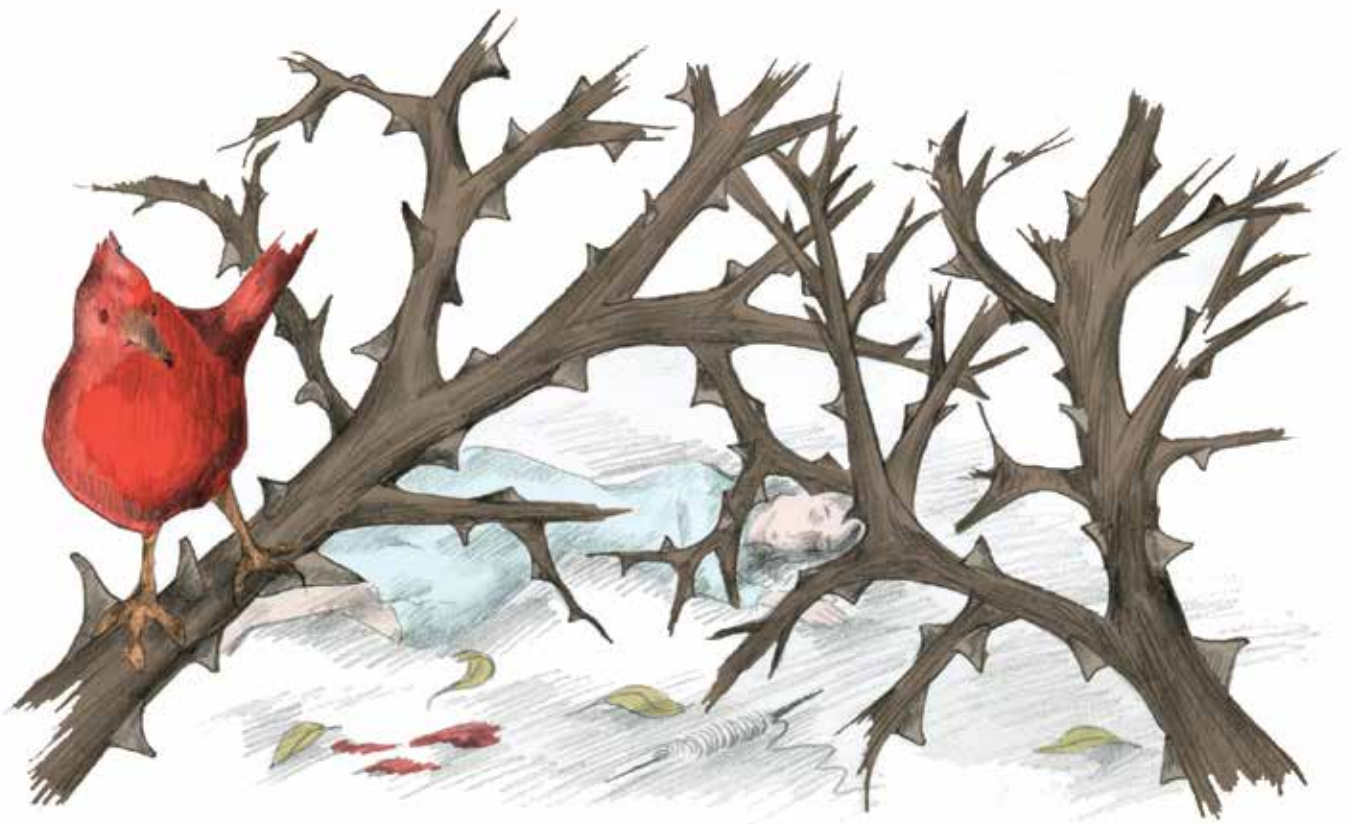
—Buenos días, abuelita —dijo la princesa—; ¿Qué haces?

—Estoy hilando —contestó la buena mujer inclinando la cabeza.

—Y qué es esa cosa que gira tan rápido—, preguntó la niña; y, cogiendo el huso, comenzó a hilar. Pero no bien lo hubo tocado, se pinchó el dedo. En ese mismo instante cayó sobre la cama que había en el cuarto y quedó profundamente dormida, y su sueño se propagó por todo el palacio; el rey y la reina, que acababan de regresar y estaban en el salón, se quedaron dormidos, y con ellos toda la corte; los caballos en sus pesebreras; los perros en el patio; las palomas en el tejado; las moscas en las paredes; hasta el fuego que ardía en el hogar se quedó quieto y se durmió como los otros; y la carne que estaba en las brasas dejó de asarse; y el cocinero que iba a tirar de las orejas al ayudante de cocina por cierta equivocación, lo dejó tranquilo y se quedó dormido; y el viento cesó, y ni una hoja volvió a moverse en los árboles del castillo.

Entonces alrededor del castillo empezaron a crecer las zarzamoras, hasta que taparon el castillo por todas partes, de modo que nada de él se veía, salvo el pendón que ondeaba en la torre.

Y un rumor comenzó a propagarse acerca de la bella princesa, a quien



llamaron desde entonces Rosa Silvestre; y, de tiempo en tiempo, los hijos de los reyes venían a intentar abrirse paso a través del seto espinoso que protegía el castillo; pero les era imposible lograrlo, pues los espinos se cerraban como si de brazos muy fuertes se tratara. Los jóvenes eran aprisionados, y al no poder zafarse morían de una muerte cruel. Muchos, muchos años después, llegó el hijo de un rey al reino, y oyó hablar a un viejo acerca de un castillo que se hallaba rodeado por un bosque de plantas de espino, en el que dormía, hacía cien años, una bella princesa llamada Rosa Silvestre, junto con el rey, la reina y toda la corte. Sabía demás, por haberlo oído de su abuelo, que muchos príncipes habían intentado atravesarlo, pero que todos habían muerto, aprisionados entre los espinos. A lo que el joven dijo:

—A pesar de todo, no siento temor; atravesaré el bosque de espinos y veré a la encantadora Rosa Silvestre.

El buen viejo trató de disuadirlo, pero el príncipe no escuchó sus consejos. Para entonces los cien años tocaban a su fin, y el día en que Rosa Silvestre debía despertar estaba próximo. Cuando el príncipe se aproximó al seto de arbustos de espinos, éste se transformó en un bosque de flores hermosas que se doblaban para dejarlo pasar, y luego se cerraban y convertían de nuevo en cerco infranqueable.

Cuando llegó al patio del palacio vio los caballos y los perros de caza dormidos; y sobre el techo, las palomas tenían la cabeza debajo del ala; y cuando entró en el

edificio, las moscas dormían en las paredes; el cocinero tenía su mano levantada para castigar al ayudante de cocina, y la cocinera tenía el pollo negro sobre su regazo, listo para desplumarlo.

Entonces siguió caminando, y adentro vio a toda la corte dormida; en el trono estaban el rey y la reina, dormidos; y más adentro, todo estaba tan silencioso que podía oír su propia respiración. Y por último, llegó hasta la torre, subió por la escalera de caracol, y abrió la puerta de la estancia en la que yacía Rosa Silvestre; y cuando la vio tan preciosa en su sueño, no pudo apartar de ella sus ojos. Luego se inclinó y la besó. Ella se despertó, y abrió sus ojos; y le lanzó una mirada amorosa. Luego se levantó, y juntos despertaron al rey y a la reina; y luego a toda la corte; y todos se miraban con ojos de asombro; y los caballos de los establos se sacudieron; los perros de caza saltaron y menearon sus rabos; las palomas sacaron las cabezas de debajo de sus alas, miraron alrededor y emprendieron el vuelo; las moscas en la pared siguieron caminando; el fuego del hogar se avivó y asó la carne; el asado volvió a chirriar, el cocinero le dio tal palmada en la oreja al pinche que lo hizo chillar, y la cocinera continuó desplumando el pollo.

Luego el matrimonio del príncipe y Rosa Silvestre se celebró con todo esplendor, y ellos vivieron felices hasta el fin de sus días.

